

JOSE LUIS SAMPEDRO, *ECONOMÍA HUMANISTA. ALGO MÁS QUE CIFRAS*, Debate, Barcelona, 2009 (429 pp.), ISBN 978-84-8306-828-1

Ángel Martínez González-Tablas<sup>1</sup>

En *Economía humanista* se recoge una selección, realizada por Olga Lucas y Carlos Berzosa, de artículos publicados por Jose Luis Sampedro entre 1947 y 1999, que son reflejo y, a la vez, complemento de su rica obra de economista. El libro consta de cuatro partes que tratan sucesivamente sobre el concepto de estructura y la teoría estructural, sobre la economía española, sobre el desarrollo y la economía mundial, terminando con una mirada a la crisis de la década de 1970.

Sampedro es hoy conocido por su dimensión literaria y por su presencia como voz y testimonio de intelectual comprometido, pero durante dos décadas, hasta finales de la de 1960 fue pionero y principal impulsor de los estudios de estructura económica en la universidad española, desde su cátedra de economía en la Facultad de Ciencias Económicas de la UCM, una estela en la que se forjó un significativo número de economistas de variada condición, pero en buena medida críticos. Cuando, con motivo de su noventa cumpleaños, tuve ocasión le calificué de maestro del pensamiento discrepante, en la doble condición de haberlo practicado como muy pocos y de haberlo permitido y alentado en su entorno, incluso en lo que podía concernirle.

Los artículos que aquí se reúnen están en parte escritos en los años en los que Sampedro ejercía profesionalmente de economista y de docente, y en parte cuando había dejado de serlo y miraba a la economía desde la proximidad de quien ha dedicado a su estudio años centrales de su vida, pero podía mirarla desde la distancia del ciudadano informado y reflexivo, en sus propias palabras, una vez instalado "en la calle mi tenderete intelectual"(84). Esa doble perspectiva atraviesa y enriquece la publicación que comentamos. Una obra, que rezuma sabor clásico por los temas que aborda y por la forma en la que lo hace, donde las citas de economistas se entrelazan con referencias a Rousseau, a Balzac, a Lulio, a Descartes, a Henry Miller, a Machado, a Rosalía de Castro, a Paracelso, a Joan Maragall, a X. Zubiri o a Lévi-Strauss. En suma, un conjunto de materiales de indudable valor para los interesados en conocer la problemática de unos años cruciales para la economía española y mundial, y, más aún, si cabe, para los que nos preocupamos del papel del economista ante la realidad.

<sup>1</sup> angelmtablas@ccee.ucm.es

En el primero de dichos campos desfilan hitos señeros de la problemática económica de ese tiempo, desde el tratamiento de las áreas económicas deprimidas en la posguerra en Gran Bretaña, a las dificultades de España en el contexto mundial, la secuencia que marcan el Plan de Estabilización, los planes de desarrollo o las dudas sobre la incorporación al Mercado Común, en un contexto en el que Prebisch y la CEPAL empezaban a cuestionar las visiones convencionales del subdesarrollo y los autores dependentistas a formular sus enfoques más radicales. Sobre todo ello proyecta Sampedro una reflexión informada, rigurosa, lúcida, expresada de forma tan brillante como transparente, en la que se recogen sus opiniones sobre la mundialización, sobre el papel de las regiones en el S.XXI y sobre la necesidad de superar el nacionalismo estrecho, avanzando hacia un enfoque supranacional descentralizado.

Pero, es probablemente al ocuparse del economista y de la economía cuando, con fascinación, constatamos que materiales escritos hace treinta o cuarenta años conservan una frescura y una actualidad sorprendentes. Ve a la economía convencional como heredera del paso de la *Political Economy* a la aparentemente aséptica *Economics*, agostada por la insuficiencia de análisis parciales que se consideran plenos, "admirable talento inútil con que estudia las hojas quien es ciego para el bosque" (88), ignorante de que "más vale la verdad imprecisa que el simulacro expresado en rigurosos formalismos"(86), aunque se haga eco esperanzado, luego desmentido por los hechos, de que "los modelos se perfeccionan día a día y ganan así en aproximación a la realidad"(56).

La metodología que emplea en 1955 para responder a "¿Por qué ha tardado tanto en comenzar a sistematizarse la orientación estructural de la economía?; y, ¿Por qué es precisamente ahora cuando empieza a cuajar...?" (61) puede servir para contestar a la pregunta que me formulaba, con un tinte de amargura, en El Escorial en el verano de 2010, ¿Por qué pierde perfil la Estructura Económica en los nuevos planes de estudio de las Facultades de Economía? Aquéllas y ésta son preguntas sin posible respuesta si no las contextualizamos en la línea que él mismo indica. También es conocido que Sampedro ve los antecedentes del análisis estructural en un conjunto de aportaciones heterodoxas dispersas, que van de los fisiócratas a la escuela histórica alemana, mientras algunos de sus discípulos hemos tratado de enlazar con la escuela clásica y con la tradición de crítica a la Economía Política, que él considera "relativamente menos interesante desde el punto de vista de la especialidad estructural" (79).

Resulta clarividente la importancia que atribuye a la acotación, al lenguaje y a la conceptualización, por razones tan elementales como a menudo ignoradas: una mala acotación del campo puede "dejar fuera de consideración variables indispensables" (85), porque "construir una nueva teoría exige inventar un nuevo lenguaje" (384) y "porque según la conceptualizamos, así vemos la realidad" (386), de forma que no es extraño que afirme que "lo esencial es descolonizarnos intelectualmente y cuanto antes" (388), todo un mensaje en los tiempos de confusión y de sexenios que corren, un desafío para el modesto y fundamental papel que nos corresponde a los estudiosos, a los investigadores.

Sampedro habla de forma explícita de capitalismo y de sistema económico, pero en su seno atribuye una importancia decisiva al mercado, hasta el punto de que a veces puede dar la impresión de que, a falta de una delimitación nítida del primero –para él el capitalismo se basa en dos categorías fundamentales: la mercancía y el dinero (405)- parece suficiente referirse al segundo para caracterizarlo: “lo esencial del comportamiento económico es el intercambio” (241), “la institución fundamental del sistema económico en que vivimos: *el mercado*” (243), “la raíz del fenómeno se encuentra...en la racionalidad del mercado, que confía a la brújula del beneficio la orientación de nuestras decisiones” (331); aunque ese sesgo no empañe la lucidez de su juicio: “en el mercado sólo es libre quien tiene dinero” (86), “el mercado es el gran corruptor. De cosas y de valores” (90), porque estamos ante “mercaderes que compran el trabajo y venden el vivir” (94) ¿Cómo expresarlo con mayor fuerza?

Late una gran potencialidad en la forma (cap.III.7) en la que reconoce la existencia de diversos sistemas –para su propósito el mecánico, el biológico y el social- con niveles diferenciables en su seno –técnico, social y cultural-. No afirma explícitamente que los sistemas sean abiertos, pero se deduce con claridad de su argumentación, y subraya que los tres niveles son interdependientes. En cierto modo, esta aproximación anticipa los esfuerzos por articular una formulación integradora en la que, en términos sistémicos, puedan desarrollar toda su fecundidad los enfoques de Economía Política, Economía Ecológica y Economía Feminista. De la misma forma que su distinción de niveles tiene concomitancias con las formulaciones genuinas del materialismo histórico de Marx, aunque para nada las tenga con las lecturas cerradas y mecanicistas a que se vieron sometidas por la versión ortodoxa de esa tradición.

En origen, Sampedro no es un economista ecológico pero se topa con la realidad de la dimensión medioambiental y, siendo como es intelectualmente honesto, la incorpora sin ambigüedad alguna a sus planteamientos. “El hombre es un ser histórico porque elabora su propio destino, pero dentro del marco natural al que pertenece...” (217), “la crisis económica de nuestro tiempo es justamente *la crisis del desarrollo* económico seguido hasta ahora y ha despertado nuestra creciente conciencia de que ese modo de vivir está llegando a sus límites. *Límites naturales* por el agotamiento de recursos y la contaminación del medio ambiente...” (253), algo que tiene especial relevancia para quien piensa que el arte de vivir consiste en no traspasar los límites.

Sin dejar de hablar de economía o mejor, para poder hablar de economía, Sampedro afirma que hay que ocuparse del poder, “porque esa es la gran ausente de la teoría convencional: la variable <poder>” (88) y sigue argumentando que “la explicación válida de la realidad económica está ahí: en la percepción del poder, con sus encadenamientos y jerarquías y variantes dentro de la estructura” (89); previamente lo ha ido desgranando como poder sobre el obrero, poder del productor para crear los gustos y dominar al consumidor, poder sobre el mercado, sobre la educación y hasta sobre los gobiernos (88), por lo que postula que “el poder hay que fragmentarlo” (217) a la vez que constata que “los poderes establecidos están en contra de cualquier cambio serio de valores” (347) ¿Cómo, si no es en términos de intereses y poder, entender el empecinamiento del mundo de las finanzas, su negativa a asumir su función en la reproducción del propio sistema capitalista sacrificando la

calidad de vida de los seres humanos y poniendo al propio sistema al borde del abismo?

En lo que hace al agotamiento del sistema vigente, a la imperiosa necesidad de negarlo sin ambages, sin dejarse paralizar por las dificultades, su posición es tan clara que es mejor resaltarla con sus propias palabras; ya en la Introducción, escrita en 2009, disipa cualquier duda al afirmar que "mantengo mi opinión sobre la decadencia del sistema"; a partir de ahí tesis y argumentos se suceden: "el desarrollo no continuará mucho tiempo –a escala histórica- en la misma dirección que hoy" (349), "la única salida está en otro modelo" (350), "no habrá nuevo desarrollo sin referirse a un nuevo sistema de valores...la cuestión no está en si es fácil o no pasar a un nuevo desarrollo... sino en emprender desde ahora el camino del cambio (361), de modo que aunque reconoce que la tarea es gigantesca y el pesimismo resulta ineludible, se trata de "iniciar el cambio desde ahora" (362). No cae en la trampa del realismo estrecho y con pragmatismo afirma que "es utópico, pero no es imposible" (93) con lo que "la tarea de los disidentes consiste...en levantar otra construcción teórica interpretativa del mundo frente a la detentada por ellos" (362), sin dejarse obnubilar por la vistosidad del aparellaje y la sonoridad del coro de los que viajan hacia un futuro imposible, convencidos de que, como postula en el ejemplo del carrito y el AVE que se cruzan, podemos afirmar "iré despacio pero en la buena dirección" (363). Tampoco cae en la componenda de fiarlo todo a que el progreso técnico corrija a tiempo las imperfecciones porque "parece muy poco sensato esperar que la misma causa creadora del árbol sin raíces conduzca en el futuro a sanearlo..." (379), ya que el intento de "enderezar el desarrollismo actual hacia cauces más humanos... va contra los intereses dominantes cuya fuerza les permite aplastar toda disidencia" (384)

En suma, el libro supone una bocanada de aire fresco – por la perspectiva con la que los aborda y por los temas de los que se ocupa- para quienes pensamos que el papel de los economistas es entender y facilitar la reproducción social de la existencia de los seres humanos -sin que se vea negada sino desarrollada y enriquecida su condición de tales en el proceso- en un entorno natural cuyas leyes y equilibrio tenemos que respetar porque nos proporcionan la vida.